

La historia de la filosofía nos ofrece abundantes teorías sobre la naturaleza de lo bello: ni nos es posible enumerarlas, ni queremos discutir las todas, nos concretaremos á señalar las mas importantes (1).

Bien materialista es aquella teoría que define la belleza, diciendo que es lo que agrada á los sentidos, lo que les procura una impresion agradable. No queremos detenernos aquí. Suficientemente hemos refutado ya esta teoría, demostrando que es completamente imposible reducir lo bello á lo agradable.

Cierto sensualismo un poco mas ilustrado que el anterior, en lugar de lo agradable coloca lo útil, es decir, no hace sino cambiar la forma del mismo principio. Lo bello no es el objeto que en momento dado nos ofrece una sensacion agradable, aunque pasajera, es el objeto que puede procurarnos á menudo esta misma sensacion ú otra parecida. No es preciso un gran esfuerzo de observacion ni de raciocinio para convencerse que la utilidad nada tiene que ver con la belleza. Lo que es útil no siempre es bello, lo que es bello no siempre es útil, y lo que es á la vez útil y bello, es bello por otra cosa que por su utilidad. Nada mas útil que una palanca, una polea. Estoy seguro que nadie dirá que estos objetos son bellos. Habeis descubierto en unas escavaciones un vaso antiquísimo, de un trabajo admirable, y en se-

(1) Si se quiere tener noticia de una refutacion simple y picante escrita hace ya dos mil años contra las falsas teorías de la belleza, puede leerse el *Hippias* de Platon, tomo IV de nuestra traduccion. El *Pedro*, tomo IV, tambien contiene la esposicion encubierta de la teoría atribuida á Platon, pero en el *Banquete* y particularmente en el discurso de Diotimo, es donde se ha de buscar el pensamiento de Platon desenvuelto del modo mas perfecto y revestido de cuanta belleza pueda ser susceptible el lenguaje humano.

## LECCION VII.

### Lo Bello en los objetos.

*Refutacion de las diversas teorías sobre la naturaleza de la belleza.—La belleza no es la utilidad, ni la conveniencia, ni la proporcion.—Caractéres esenciales de la belleza.—Diferentes especies de belleza.—De lo bello y del sublime.—Belleza fisica.—Belleza intelectual.—Belleza moral.—De la belleza ideal, como es superior á la belleza moral.—Dios, primer principio de belleza.—Teoría de Platon.*

Hasta aquí hemos dado á conocer la belleza en nosotros mismos, en las facultades que la perciben y que la aprecian, como la razon, el sentimiento, la imaginacion y el gusto, y llegamos ahora siguiendo el órden del método que nos hemos propuesto á otras distintas cuestiones, como son: ¿Qué es lo que en los objetos es bello? ¿Qué es lo bello en sí mismo? ¿Cuáles son sus caractéres y sus diferentes especies? ¿Cuál es, en fin, su primero y último principio? Todas estas cuestiones hemos de tratar, y si nos es posible, resolver. La filosofía tiene su punto de partida en la psicología, y para que alcance tambien su último término, es preciso que del hombre descienda á las cosas.



guida decís: ¡Que vaso tan bello! sin acordaros para el uso á que estuvo destinado lo útil que fue. Por último, la simetría y el orden son dos cosas bellas y útiles á un tiempo; sea porque gobiernan el espacio, sea porque los objetos simétricamente dispuestos, son mas fáciles de encontrar cuando se les necesita, pero no es esto lo que constituye para nosotros la belleza de la simetría, pues que asimos inmediatamente este género de belleza, y frecuentemente es tarde cuando reconocemos lo útil que es el buscarla. Sucede alguna vez que despues de haber admirado la belleza de un objeto, no podemos atinar para que sirve. Lo útil es pues enteramente diferente de lo bello, y no es ni con mucho su fundamento.

Una célebre y antigua teoría (1) hace consistir lo bello en la perfecta conveniencia de los medios con respecto á su fin. Aquí lo bello no es lo útil, es lo conveniente. Estas dos diferentes ideas deben distinguirse bien. Una máquina produce efectos excelentes, economía de tiempo, de trabajo, etc., es, pues, útil. Si además de esto, al examinar su construcción vemos que cada pieza está en su puesto, y que todas están hábilmente dispuestas para los resultados que deben producir, sin considerar la utilidad de este resultado; como quiera que los medios son bien proporcionados á su fin, entonces juzgamos que es conveniente. Ya nos aproximamos mas á la idea de la belleza, pues no consideramos menos la utilidad que lo que debe ser. Sin embargo, aun no hemos alcanzado el verdadero carácter de la belleza; existen en efecto,

(1) Véase el *Hippias*.

objetos muy bien dispuestos para su fin, y que nosotros no llamamos bellos. Una silla sin adorno ninguno y sin elegancia, por mas que sea fuerte y sólida, que sus varias piezas estén bien dispuestas, que podamos sentarnos en ella con seguridad, estar cómoda y aun agradablemente; todo esto nos puede dar el ejemplo de la mas perfecta conveniencia de los medios con el fin, pero no se dirá por esto que este mueble sea bello. Hay aun alguna diferencia entre la conveniencia y la utilidad; un objeto para ser bello no tiene ninguna necesidad de ser útil, pero nunca será bello sino posee la conveniencia, si están des-acordes los medios con el fin.

Se ha creído encontrar lo bello en la proporción; en efecto, la proporción es una de las condiciones de la belleza, pero no es mas que una. Es muy cierto que un objeto mal proporcionado nunca será bello. Hay en los objetos bellos algunos rasgos que parecen tener una forma geométrica. Pero lo que quiero yo, ¿es la proporción que domina en un árbol alto y delgado, con sus ramas flexibles y graciosas, con sus hojas matizadas y abundantes? ¿Qué es lo que constituye la terrible belleza de una tempestad, de una imájen acabada, de una oda sublime? Yo sé que esto no es la ley de la regla, pero no solamente no es la ley de la regla, sino que á menudo es una irregularidad. Es muy absurdo el pretender demostrar que lo que nos hace admirar los objetos bellos sea la misma cualidad que nos hace admirar una figura geométrica, es decir, la exacta correspondencia de sus partes.

Lo que llevamos dicho de la proporción se puede decir tambien del orden que tiene menos sentido matemático que la proporción, pero que no explica mu-



cho mejor lo que hay de libre, de variado y de abandonado en ciertas y determinadas bellezas.

Todas estas teorías que pretenden vincular la belleza en el orden, armonía y proporción, en el fondo no son sino una sola teoría que ve ante todo en la belleza la unidad. Y ciertamente que la unidad es bella. La unidad es una parte considerable de la belleza, pero no es la belleza entera.

La teoría mas verosímil de la belleza es aquella que considera compuesta á esta de dos elementos contrarios é igualmente necesarios, la unidad y la variedad. Ejemplo. Ved una flor bellísima. No hay duda que la unidad, el orden, la proporción, la simetría, están allí; pues sin estas cualidades la razón estaría ausente de allí, y todas las cosas son hechas con maravillosa razón. Empero, ¡qué diversidad al mismo tiempo! ¡Cuántos matices en el color, que riqueza en sus menores detalles! En las mismas matemáticas, lo que es bello no es un principio abstracto; es este principio llevando en pos de sí toda una larga serie de consecuencias. No hay belleza sin vida, y la vida es el movimiento, es la diversidad.

La unidad y la variedad se aplican á todos los órdenes de belleza; ojeemos rápidamente estos diferentes órdenes.

Existen desde luego, y hablando con propiedad, objetos bellos y objetos sublimes. Un objeto bello, ya le hemos visto, es cualquier cosa acabada, circunscrita, limitada, que todas nuestras facultades abrazan fácilmente, puesto que sus diversas partes están sometidas á una justa medida. Objeto sublime es aquel que por medio de formas grandiosas, no desproporcionadas en sí mismas pero menos determinadas y

mas difíciles de precisar, despierta en nosotros la idea y el sentimiento de lo infinito.

Ved aquí ya dos clases de belleza bien distintas. Pero la belleza es inagotable.

En los objetos sensibles, los colores, los sonidos, las figuras, el movimiento son capaces de producir la idea y el sentimiento de lo bello. Todas estas bellezas se colocan bajo cierto género de belleza que sin razón ninguna se ha llamado *belleza física*.

Si del mundo de los sentidos nos elevamos al del espíritu de la verdad y de la ciencia, nos encontramos con bellezas mas severas, pero no por eso menos reales. Las leyes universales que rigen los cuerpos, las que gobiernan las inteligencias, los grandes principios que contienen y engendran largas deducciones, el génio que crea en el artista, la inspiración que obra en el poeta, la profundidad que domina en el filósofo, todo esto es bello como la naturaleza misma, ved aquí lo que se ha dicho *belleza intelectual*.

En fin, si consideramos el mundo moral y sus leyes, la idea de la libertad, de la virtud, del sacrificio, aquí la austera justicia de un Aristides, allá el heroísmo de un Leonidas, los prodigios de la caridad ó del patriotismo, ved un cierto orden de belleza que supera á los dos anteriores, la *belleza moral*.

No olvidemos de aplicar á todas estas bellezas la distinción de lo bello y del sublime. Hay bello y sublime á la vez en la naturaleza, en las ideas, en los sentimientos, en las acciones. ¡Qué infinita variedad en la belleza!

Después de haber enumerado todas estas diferencias, ¿no podríamos reducirlas? Ellas por sí son incontestables, ¿pero en esta diversidad acaso no hay uni-



dad? ¿no existe una belleza única de la que no son sino reflejos, matices ó grados todas las bellezas particulares?

Plotin, en su tratado *Sobre lo Bello*, habia ya propuesto esta cuestion. Decia, ¿qué es lo bello en sí? yo veo bien que tal ó cual forma es bella, que tal ó cual accion es tambien bella, pero ¿por qué y como estos dos objetos tan diferentes son bellos? ¿Cuál es la cualidad comun que se encuentra en estos dos objetos, su semejanza bajo la idea general de lo bello?

No es posible resolver esta cuestion sin que la teoría de la belleza sea un laberinto sin salida, se aplica un mismo nombre á cosas que en sí son muy diversas, sin conocer la unidad real que autoriza esta unidad de nombre.

O las diversidades que hemos señalado en la belleza son tales que es imposible descubrir su referencia, ó estas diversidades son aparentes, teniendo su armonia propia y su unidad encubierta ó escondida.

Se pretende por algunos que esta unidad es una quimera. En este caso, la belleza fisica, moral é intelectual, serán estrañas una á otra. ¿Qué hará, pues, el artista? rodeado está de bellezas diferentes, y debe hacer una obra, pues tal es la ley reconocida del arte. Pero si esta unidad que se le ha impuesto es una unidad ficticia, si el artista no encuentra en la naturaleza mas que bellezas esencialmente distintas, el arte, al propio tiempo que nos engaña, miente. A ver cómo se explicará entonces ser la mentira la ley del arte. Esto es de todo punto imposible. Esta unidad que espresa el arte, debe haber sido percibida por el artista aunque no sea mas que en alguna parte, para poder esculpirla y encarnarla en sus obras.

No nos retractamos ni de la distincion entre lo bello y el sublime, ni de otras de las varias distinciones que hemos indicado, mas es preciso que las reunamos despues de haberlas distinguido. Estas distinciones y estas reuniones no son contradictorias. La gran ley, tanto de la belleza como de la verdad, es la unidad y la variedad. Todo es uno y todo es diverso. Hemos dividido la belleza en tres grandes clases: belleza fisica, belleza intelectual y belleza moral. Ahora hemos de buscar de nuevo la unidad de estas tres clases de belleza. Mas nosotros creemos que esta cuestion se resuelve en una sola y misma belleza, la belleza moral, entendiendo por esta belleza con la belleza moral propiamente dicha, toda belleza espiritual.

Sometamos esta opinion á la lógica incontestable de los hechos.

Coloquemos ante la estatua de Apolo, llamada comunmente el Apolo de Belvédere, y observad atentamente que es lo que admirais en esta pieza de examen, en esta obra esquisita. Winkelmann, que no era ningun metafisico, sino un anticuario sapientísimo y un hombre de gusto irreprochable, Winkelmann ha hecho un célebre análisis de la estatua de Apolo (1). Cosa en

(1) Winkelmann ha descrito dos veces el Apolo. En la *Historia del arte entre los antiguos*, Paris 1802, tres tomos en 4.º, tomo I, libro IV, cap. III. *Del arte entre los griegos* se espresa así: «El Apolo del Vaticano nos presenta á este dios con cierto movimiento de indignacion contra la serpiente Phython que acaba de matar de un flechazo, y con un sentimiento de menosprecio, al ver que la victoria que ha ganado es tan poco digna de una divinidad. El sábio artista que se proponia representar al mas bello de los dioses, le ha puesto la cólera en la nariz, segun los antiguos, y el desden en los labios. Ha espesado la cólera por la hinchazon de las narices, y el desden por la elevacion del labio inferior que causa el mismo movimiento en la barba.

Idem. Tomo II, libro IV, cap. VI. *Del arte bajo los emperadores*. De todas las estatuas antiguas que han escapado al furor de los bárbaros y á la mano destructora de los tiempos, la mas sublime es sin



extremo curiosa es estudiar este análisis. Lo que Winkelmann nota antes que todo, es el carácter de divinidad marcada sobre toda la figura de la estatua, en la estatura un poco superior á la humana, en la juventud inmortal derramada sobre sus bellas formas, en la actitud majestuosa, en el imperioso movimiento,

ningun género de duda la bellísima de Apolo. Podrá decirse por algunos que el artista ha compuesto una figura puramente ideal, y que no ha empleado mas materia que la puramente necesaria para ejecutar y representar su idea. Tanto como la descripción que Homero ha hecho de Apolo, sobrepasa las descripciones que han ensayado despues de él los otros poetas; así esta estatua vence á todas las otras figuras de este mismo dios. Su tallo es mas alto que el del hombre, y su actitud parece anunciar la grandeza divina que le llena. Una eterna primavera cual la que reina en los afortunados Campos Eliseos, reviste de una hermosa juventud su bello cuerpo, y brilla con dulzura admirable sobre la dura estructura de sus miembros. Para juzgar todo el mérito de esta bellísima obra de arte, es preciso penetrarse de las bellezas intelectuales; creador de una naturaleza celeste no tiene nada que ser mortal, nada que esté sujeto á las necesidades y deseos de la humanidad. Este cuerpo, al que ninguna vena interrumpe sus formas, y que no está agitado por ningun nervio, parece como animado de un espíritu celeste que circula como un dulce vapor por todos los contornos de esta mágica y admirable figura. Este dios acaba de perseguir á Phython, contra el que ha tendido por vez primera su formidable y terrible arco, acaba de alcanzarle en su rápida carrera y de darle el golpe mortal. Convencido de su poder, y como abismado en una alegría concentrada, su augusta mirada penetra de lejos en el infinito, y se dilata y esparce mas allá de su victoria. El desden se nota en sus labios, la indignacion que respira hincha sus narices y sube hasta las cejas, en tanto que una paz inalterable parece resplandecer sobre su frente, y sus ojos están llenos de una dulzura tal que parecen estar acariciados por las Musas. Entre todas las figuras que nos quedan de Júpiter, no hay ninguna en la que el padre de los dioses se acerque al grado de grandeza y esplendor con el que se manifestó en otro tiempo á la inteligencia de Homero, mas en los rasgos del Apolo de Belvédère se encuentran las bellezas individuales de todas las otras divinidades reunidas. Esta frente es la frente de Júpiter, incluyendo al dios de la sabiduria; sus cejas con el movimiento que tienen, parecen indicar su voluntad suprema, grandes son los ojos de la Reina de los dioses, arqueados están con dignidad, y su boca es una representación de la de Brancus, en donde se asienta la voluptuosidad. Semejante á los tiernos sarmientos de la vña, su bella cabellera nota al rededor de su cabeza como si fuese ligeramente agitada por el aliento del zéfiro. Parece perfumada con la esencia divina de los dioses, y se halla atada de una manera muy atractiva al rededor de su cabeza por la mano de las gracias. Al aspecto de esta maravilla del arte, olvido cuanto existe en el mundo, y mi espíritu toma una disposición sobrenatural, propia para juzgar dignamente. De la admiracion paso al éxtasis; mi pecho parece di-

en el conjunto y en los pormenores. Su frente es bien digna de la frente de un Dios, una paz inalterable domina en ella, y si en los brazos y en los labios aparece algo mas humano, era ello necesario para interesar á la humanidad en la obra artistica. En la hinchazon de sus narices, en la elevacion del labio inferior, se percibe á la vez la cólera mezclada con el desden, el orgullo de la victoria y la poca fatiga que le ha costado. Pesad bien cada palabra de Winkelmann, y encontrareis en cada una una impresion moral. El tono del sábio anticuario se eleva gradualmente hasta el entusiasmo, y su análisis concluye por ser un himno á la belleza espiritual.

En lugar de una estatua, observad al hombre real y vivo. Supongamos á una persona que, requerida por los motivos mas poderosos de sacrificar su deber á la fortuna y que despues de una lucha heroica triunfa del interés y sacrifica la fortuna á la virtud. Miradle en el momento que acaba de tomar esta resolucion magnánima, su figura os parecerá bella. Y es que en el cuerpo está esculpida la belleza del alma. Podrá ser en cualquier otra circunstancia trivial y vulgar la figura de este mismo hombre, pero aqui iluminada con los destellos de su alma, está como ennoblecida tomando un carácter imponente de belleza. Así la figura natural de Sócrates considerada en si

latarse y elevarse como el de aquellos que están llenos del espíritu de las profecias; me siento trasportado á Delos y á los sagrados bosques de la Lycia, lugares que Apolo honró con su presencia: dicha estatua parece animarse como lo efectuó en otro tiempo la belleza salida de las manos de Pygmalion. Mas, ¿cómo poder describirte inimitable obra de arte? Menester sería para esto que el mismo Arte se dignase inspirarme y conducir mi pluma. Los rasgos que acabo de bosquejar, depóngolos ante ti á semejanza de aquellos que, al coronar á los dioses, ponian las coronas á sus piés, no pudiéndolas colocar en su cabeza.



misma, contrasta estrañamente con el tipo de la belleza griega (1), pero representémoslo en el lecho mortuario en el momento de beber la cicuta, conversando con sus discípulos sobre la inmortalidad del alma, y entonces su figura nos parecerá sublime (2).

Sócrates espira llegando al mas alto punto de grandeza moral. Vuestros ojos no verán mas que su cadáver. La figura mortal conserva su belleza, en tanto que guarda las huellas del espíritu que animaba, pero poco á poco la espresion se estingue ó desaparece, la figura entonces concluye por ser vulgar y fea. La espresion de la muerte ó es fea ó sublime: fea al aspecto de la descomposicion de la materia no animada ya por el espíritu, sublime cuando dispierta en nosotros la idea de la eternidad.

Considerad la figura del hombre cuando está en reposo; es mas bella que la del animal, y la figura del animal es mucho mas bella que la de cualquier objeto inanimado. Es que la figura humana, aun cuando esté ausente de ella la virtud y el génio, refleja siempre una naturaleza inteligente y moral, la figura de cualquier animal refleja por lo menos el sentimiento, y ya hay en él algun atributo del alma. Si del hombre y del animal descendemos á la naturaleza puramente fisica, aun encontraremos en ella la belleza, en tanto cuanto encontremos alguna sombra de in-

(1) Véase en la última parte del *Banquete* el discurso de Alcibiades, páj. 326 del tomo VI de nuestra traduccion.

(2) Pienso yo aquí ahora que esto lo tenemos en el Sócrates de David que nos parecia el género teatral admirado muy por encima de su reputacion. Además de Sócrates, es imposible dejar de admirar en este cuadro á Platon oyendo á su maestro en cualquier parte y en el fondo de su alma, aun sin mirarle, y abismado en la contemplacion del mundo inteligible.

teligencia y que dispierte en nosotros algun pensamiento, algun sentimiento. Contemplad cualquier pedazo de materia que nada espresé, que nada signifique, no podremos en manera alguna aplicarle la idea de lo bello. Pero todo lo que existe está animado. La materia es muda, y al propio tiempo está penetrada por fuerzas que no son materiales y está sujeta á leyes que atestiguan una inteligencia que todo lo tiene presente. El mas sutil análisis químico tiene una naturaleza muerta é inerte, pero tiene una naturaleza organizada á su manera, y que no está desprovista ni de fuerzas ni de leyes. En las profundidades de los abismos lo mismo que en las alturas de los cielos, en el mas pequeño grano de arena como en la mas alta montaña, un espíritu inmortal centellea á través de las envolturas mas groseras. Contemplemos la naturaleza con los ojos del alma lo mismo ó mejor que con los del cuerpo, por todas partes seremos admirados por una espresion moral, y la forma nos ocupará como un símbolo del pensamiento. Ya hemos dicho antes, que tanto en el hombre como en el animal, la figura es bella por la espresion. Pero cuando estais en las elevadas cimas de los Alpes ó en medio del inmenso Occéano, cuando asistis á la salida opuesta del sol, ¿estos cuadros imponentes no producen en vosotros un efecto moral? ¿Todos estos grandes espectáculos no os parecen con manifestaciones de un poder, de una inteligencia y de una sabiduria admirables, ó por decirlo así, el rostro de la naturaleza no es tan espresivo como el del hombre mismo?

La forma no puede ser una forma sola, debe ser la forma de alguna cosa. La belleza fisica, la señal de una belleza interior, la belleza espiritual y moral, y es-



ta belleza espiritual y moral, es el fondo, el principio, la unidad de lo bello (1).

Todas las bellezas que acabamos de enumerar, componen lo que se ha llamado *belleza real*. Pero además de la belleza real y muy por encima de esta, se encuentra y existe una belleza de un orden diferente, la *belleza ideal*. La idealidad no reside ni en el individuo, ni en una colección de individuos. La naturaleza ó la experiencia nos sugiere la ocasión de concebirla, pero en un sentido esencialmente distinto de la anterior. Porque una vez conocidas todas las figuras naturales, por mas bellas que sean, no son ni nos parecen sino semejanzas de una belleza superior que la belleza real no puede ni es capaz de realizar. Presentadme un ejemplo de una bella acción y yo me imaginaré otra mucho mas bella aun. La misma estatua de Apolo admite mas de una crítica. El ideal se aparta sin cesar á medida que nos acercamos mas á él. Su último término está en el infinito, es decir en Dios, ó por mejor decir lo verdadero y absoluto ideal no es sino Dios.

Siendo Dios el principio de todas las cosas, debe por este mismo título ser el principio de la belleza perfecta, y por consecuencia de todas las bellezas naturales que mas ó menos perfectas sentimos nosotros; é

(1) Muchísimo se regocijó nuestra alma al encontrar esta teoría que nos es tan querida confirmada por la autoridad de uno de los genios mas severos y circunspectos en Reid. Véase nuestra *Filosofía escocesa*, lección X. El filósofo escocés termina su *Ensayo sobre el gusto* por estas palabras que concuerdan mucho con Platón: «Sea que las razones que he allegado para demostrar que la belleza sensible no es mas que la imagen de la belleza moral, parezcan ó no suficientes, espero que mi doctrina ensayando el modo de unir mas estrechamente la Vénus terrestre á la Vénus celeste no parecerá á nadie tener por objeto abatir la primera y hacerla menos digna de los homenajes que siempre le ha tributado la humanidad.»

es el principio de la belleza como autor que es del mundo fisico, y como padre del mundo intelectual y moral.

¿No es preciso ser esclavo de los sentidos y de las pasiones para pararse en los movimientos, en las formas, en los sonidos y en los colores, cuyas combinaciones armoniosas producen la belleza de este mundo visible y no concebir detrás de todo esto esta escena magnífica y tambien regulada del ordenador, geometra y artista supremo?

La belleza fisica envuelve y rodea á las bellezas intelectuales y morales.

¿Cuál puede ser el principio de la belleza intelectual este esplendor de lo verdadero, sino el principio de toda verdad?

La belleza moral comprende segun luego veremos (1) dos elementos distintos, iguales pero diversamente bellos, la justicia y la caridad, el respeto y el amor de los hombres. El que manifiesta con su conducta cumplir con la justicia y la caridad, ejecuta la mas bella de todas las obras, y es á su manera el mas grande de todos los artistas. ¿Pero qué diré de aquel que es la base y fundamento de la justicia y el fuego inextinguible del amor? ¿Si nuestra naturaleza moral es bella, cuál no será la belleza de su autor? Su justicia y su bondad resplandecen en todas partes, dentro y fuera de nosotros. Su justicia es el orden moral que ninguna ley humana ha hecho y que todas las leyes humanas se esfuerzan en cumplir y acatar, que se conserva y perpetua en el mundo por su propia fuerza. Descendamos á nosotros mismos, y

(1) Tercera parte, lección XV.



la conciencia nos atestiguará la justicia divina en la paz y contentamiento que acompaña á la virtud, y en las turbaciones y dolores, inexorables castigos del vicio y del crimen.

¡Cuántas veces y con qué elocuencia siempre nueva no se ha celebrado la infatigable solicitud de la Providencia, sus beneficios manifestados en todas partes, tanto en los pequeños como en los grandes fenómenos de la naturaleza, que olvidamos con tanta facilidad en fuerza de sernos tan familiares, pero que si reflexionamos un poco confunden nuestro espíritu y en nuestra admiración y reconocimiento proclamamos un Dios escelente lleno de amor hácia sus criaturas!

Así, pues, Dios es el principio de los tres órdenes de belleza que hemos distinguido, la belleza física, la belleza intelectual y la belleza moral.

En Dios se reunen tambien las dos grandes formas de la belleza esparcidas en cada uno de estos tres órdenes, á saber, lo bello y lo sublime. Dios es lo bello por excelencia, pues ¿qué objeto satisface mejor que él todas nuestras facultades, la razón, la imaginación, el corazón? Ofrece á la razón la idea mas alta, mas allá de la cual no nos esforcemos en buscar nada; á la imaginación la contemplación mas arrebatadora; al corazón un objeto estremadamente amable. Es, pues, perfectamente bello, pero por otra parte ¿no es sublime en el mas alto grado? Si estiende y dilata el horizonte del pensamiento, es para confundirle en los abismos de su grandeza. Si el alma se estasia contemplando el grandioso espectáculo de su bondad ¿no tiene porque asustarse á la idea de su justicia constantemente presente? Dios es á la vez dulce y

terrible. Lo mismo que es la vida, la luz, el movimiento la gracia inefable de la naturaleza visible y finita, es tambien lo eterno, lo invisible, lo infinito, lo inmenso, la unidad absoluta y el sér de los séres. Estos atributos terribles tan ciertos como los primeros ¿no producen en el mas alto grado en la imaginación y en el alma esa emoción melancólica escitada por lo sublime? Sí, Dios es para nosotros el tipo y origen de las dos grandes formas de la belleza, porque nos es á la vez el mas impenetrable enigma y la solución mas clara que podamos encontrar á todos los enigmas. Séres limitados como somos, no comprendemos nada ilimitado, y nada podemos explicar ilimitado é infinito. Por el sér que poseemos tenemos alguna idea del sér infinito de Dios, por la nada que está y somos nosotros nos abismamos y confundimos en el sér de Dios, y así siempre forzados á recurrir á Dios para explicar alguna cosa, y siempre rechazados por el peso de su infinitud sentimos alternativamente ó mejor al mismo tiempo, hácia este Dios que nos eleva y nos oprime un sentimiento de atracción irresistible y de admiración por no decir de terror insuperable que solo él puede causar y apaciguar, porque solo él es la idea suprema de lo bello y del sublime.

Así el sér absoluto que es todo semejante á la absoluta unidad, y el infinito variedad, Dios, es necesaria y absolutamente la última razón, el último fundamento, el ideal cumplido y perfecto de toda belleza.

Es Dios aquella belleza eterna que Diotimo habia entrevisto y que pintaba á Sócrates en el *Banquete*.

«Belleza eterna no engendrada ni perecedera, exenta de decadencia como de crecimiento, que no es bella en tal parte y fea en tal otra, bello solamente en